



AS COSAS CLARAS

Por

Miguel de Unamuno

PATRONOS y obreros se tienen declarada guerra civil. Y en ésta lo del pacto de Barcelona ni es, ni puede ser más que una tregua. Y lo de que no ha habido ni vencedores ni vencidos es una tontería más o quiere decir que la guerra seguirá. Una guerra así no se acaba sino con vencedores y vencidos, con victoria y derrota. Y se acaba para que pueda empezar otra guerra, ya que la guerra, en una u otra forma, cruenta o incruenta, es la condición necesaria de la civilización. Y lo que deben hacer los beligerantes es enterarse bien de los respectivos fines de guerra.

Decimos esto último porque parece que hay patronos tan ignorantes, tan pobrecitos —íbamos a decir tan mentecatos— que se van al Instituto de Reformas Sociales —¡esta cataplasma!— objetando contra la jornada legal de ocho horas que no es, en el trabajo que ellos explotan, un trabajo excesivo el de ocho horas. No se han enterado de que los obreros no piden lo de las ocho horas porque más de este tiempo les parezca penoso para el trabajo, sino para que haya que ocupar más brazos, disminuya el ejército de reserva de los esquirols, amarillos o sarracenos, y suba el salario.

Un industrial, Mr. W., tiene una fábrica de producción continua, en la que no se interrumpe el trabajo ni de día ni de noche, y en la que ocupa a 3.000 obreros divididos en tres equipos de a 1.000 cada cual y que trabajan ocho horas, lo que hace entre los 3.000 veinticuatro mil horas de trabajo. Si quedaran fuera de la fábrica mil obreros sin trabajo, posibles esquirols del oficio, los ocupados pedirían —y harían muy bien— la jornada de seis horas, y no porque crean que la de ocho es penosa sino para que haya que ocupar a los mil de fuera, ya que 4.000 obreros en cuatro equipos de mil cada uno que trabajen seis horas hacen veinticuatro mil horas como los 3.000 en ocho. Y subirá el salario.

Les queda otro recurso a los obreros, y es no hacer en las ocho horas sino trabajo de seis. Y es lo que están haciendo con una táctica muy sabia.

«Es que si trabajan menos, si la productividad decrece —contesta el patrono— el producto escasea y se encarece. Estas huel-

gas de brazos lánguidos no hacen sino encarecer el producto y lo que es peor, disminuirlo. Esta ola de pereza...»

Pues bien; no hay ola de pereza sino una táctica de lucha. Y si el salario sube y disminuyen los esquirols no es la única solución posible aumentar el precio del producto. Hay otra, y es disminuir el beneficio del patrono y reducir la renta del medio de producción, de la máquina, el solar, de la fábrica, etc., hasta dejarlo reducido a cero. Y que el patrono, si realmente dirige la industria, si es técnico —industrial o mercantil—, si trabaja, en fin, gane el fruto de su trabajo y ni más ni menos. Es decir, que

sea en la fábrica un obrero más, aunque su trabajo valga más que el de otros.

¡Y aun discuten ¡pobrecitos! la participación en los beneficios para los obreros! No quieren ver que a lo que se va es a la suspensión de la renta. Y por eso, con treguas como la del pacto de Barcelona, ni se acaba ni puede acabarse la lucha empeñada. Y en toda lucha hay que conocerse mutuamente los adversarios.

¡Ola de pereza! ¡Ola de pereza! ¡Tontorías! Entréguese a un sindicato obrero una fábrica, con su obrero director —llámesele, si se quiere, patrono— que cobre su trabajo y no más que él, y ya se verá lo que es la supuesta ola.

¿Que con eso de las huelgas de brazos lánguidos escasean los productos —los hay que a ningún precio se encuentran— y sufren todos? ¡Sin duda! ¡Pero es la guerra!... Como con la obra de los submarinos alemanes durante la guerra hemos sufrido todos, incluso los alemanes. Ellos se han traído el hambre que pasan. A pesar de lo cual repetirán, y con razón, que la guerra submarina fué su manera de defenderse contra el bloqueo.

Las Compañías ferroviarias dicen que la jornada de ocho horas les obligará a colocar 9.000 obreros más y que esto sería su ruina o encarecerían los transportes. Y no es este el dilema. O quebrarían y se incautaría el Estado de ellas, y siendo los transportes servicio público no importaba que no produjesen. ¡Pues pocos que son los servicios públicos que, en el estricto sentido económico, no son reproductivos! La enseñanza





superior entre ellos. Si un servicio público no rinde lo que cuesta y se le cree útil o conveniente se le sostiene de otros tributos. La cosa no puede ser más clara. Y como hay enseñanza pública gratuita —la primaria— podrá llegar a haber transporte gratuito.

Todo esto lo decimos dejando de lado nuestras propias ideas al respecto, que ni son tan sencillas ni tan firmes como las aquí expuestas. Pero el que estas líneas escribe es un espíritu crítico y escéptico, que carece de convicciones al respecto y que odia todo dogmatismo, pero a quien le duele que en la lucha social entablada haya obreros y patronos que se empeñen en no enterarse de lo que se debate y se arguya contra la jornada de ocho horas, que para muchos oficios no es agotadora, y se diga la tontería de la ola de pereza y se cree en posibles armonías entre el socialismo y el capitalismo actual a base de renta privada de medios de producción.

Luchen como quieran y como puedan unos y otros contendientes pero hablen claro; no traten de engañarse y de engañarnos a todos, ni nos vengan con la necedad de llamar *utopía* a lo que no les conviene o *paradoja* a lo que no entienden. Con saberse bien los fines de guerra, de unos y de otros la guerra ganará no poco. Con lo que no ganaría en España es con poner de caudillo de un bando, el de los patronos, a un La Cierva cualquiera o a otro abogado confusionario y embrollón por el estilo, de los que creen que el contrato de aparcería es un ideal de concordia en la industria agrícola. Porque la aparcería no suprime la renta del mero propietario de la tierra, que es el mayor haragán del mundo. Cabe arreglo entre labrador y labriego, entre colono y jornalero, pero con el amo de la tierra que no es cultivador sólo cabe suprimirlo, señor Cierva.

